







detrás del ala de los salones de clase, hacia los gallineros y ya cerca de las barracas de los mexicanos me llamó la atención el sonido de una guitarra con la que se acompañaba en voz de falsete una lánguida y triste canción mexicana... Yo sé que nunca... Las luces de una barraca estaban encendidas pero todo estaba sin novedad. Debe de haber sido cerca de la medianoche cuando hice la contrarronda. La voz que cantaba se había callado y las luces de la barraca se habían apagado. Oí un tronido como de madera que se raja y en menos tiempo del que me toma escribirlo un extremo de los gallineros estaba envuelto en llamas. El fuego aumentaba y avanzaba a gran velocidad. Durante unos segundos no supe qué hacer primero, si tocar el silbato o dar la voz de alarma. Toqué el silbato y me fui corriendo hacia los bungalows de los profesores. Fire! Fire!, grité, luego fui hacia las barracas de los braceros y grité en español ¡Fuego! ¡Fuego! Volví a sonar el silbato. Vi, como quien ve su propio reflejo en una vidriera, pasar una silueta, pero no me detuve a investigar. Me fui corriendo hacia el edificio central por el campo de parada gritando Fire! Fire! y tocando la señal de alarma en mi silbato. Las gallinas son material altamente inflamable

y combustible. Dos horas más tarde no quedaba nada de los gallineros más grandes al oeste de las Montañas Rocallosas. Al día siguiente hubo asueto y pudimos dormir hasta media mañana. Por la tarde, durante la retreta, se anunció mi ascenso a PFC. Por fortuna nos dieron de cenar corned beef hash porque el olor de plumas quemadas y de pollo rostizado, que me recordaban el Knott's Berry Farm, persistió en todo el Valle de Elsinore durante mucho tiempo. De hecho, hasta que llegó la fiesta del Día de Gracias, último jueves de noviembre, que iría a pasar a Pasadena en casa de mi amigo Fred.